

tenido la convicción de que los pozos de la Standard Oil eran una buena presa en sus manos, por la cual habrían podido pedir una importante indemnización de guerra, se enteraron con asombro de que altísimos funcionarios paraguayos—aquellos mismos que frenaban los avances—tenían sueldo mensual de la omnipotente empresa norteamericana.

Todo esto creó una atmósfera revolucionaria que encabezó el coronel Franco. El régimen de Ayala se apresuró a deportarlo, calificándolo de comunista. Pero Franco era el héroe del Chaco, el oficial más querido por sus compañeros y por la tropa. Simultáneamente el general Estigarribia, que fué el conductor desde la retaguardia, gran organizador pero mal político, inclinó el peso de su vacilante prestigio en favor del gobierno liberal. Y éste, en agradecimiento, le otorgó una pensión mensual seis veces mayor que el sueldo del presidente de la república. Aquello fué el toque final del descontento.

Todos estos factores, sumados al disgusto estudiantil por la masacre del 23 de octubre, a la cerrada oposición de los colorados desplazados por el liberalismo, etc., dieron por consecuencia la revolución del 17 de febrero del año en curso.

No se había producido el útil ensayo de crítica documentada y de gimnasia política que diese al movimiento una ideología concreta. Tampoco existía un partido que respondiese a las necesidades de las nuevas circunstancias. Sin doctrina y sin instrumento político, la revolución del 17 de febrero fué un movimiento instintivo del pueblo paraguayo, representado por sus jefes, oficiales y soldados, por sus estudiantes, obreros y profesionales, que reaccionaba contra la oligarquía liberal y contra su sumisión a las conveniencias de grandes empresas.

El instinto no mira lejos pero conduce con seguridad. La revolución del 17 de febrero no ha trazado planes quinquenales, pero ha sentido rápidamente dónde estaban los peligros. Y por eso deportó a los jefes del comunismo criollo que, al día siguiente de la revolución, conspiraban contra los aliados de la víspera, procurando sublevar a la suboficialidad y a la tropa. ¿Qué gobierno revolucionario del mundo va a permitir, en nombre de principios democráticos, o de solidaridad sentimental, que le caven los cimientos quienes rompen la solidaridad subpreticiamente para destruir la democracia? Los comunistas criollos, luego de haber expresado su adhesión incondicional al régimen de Franco—según documento público en el que excedieron la nota adulatoria—saltaron a la otra alforja. No hubo más remedio que desterrarlos para evitar complicaciones inútiles.

Pero había otros peligros. Queda dicho que la revolución carecía de partido propio. Resultaba más bien un campamento donde se habían reclutado fuerzas heterogéneas. Pasado el peligro del combate, cada fuerza procuraba tomar el dominio de la situación. Los dirigentes revolucionarios entienden que no pueden malograr una oportunidad de agitación antiimperialista como la actual, sin procurar que cristalice en un partido. Y juzgan que dando beligerancia política a algunos grupos de tradición, como los colorados, esa obra puede perturbarse o retardarse. Así surgió la tregua de un año que está destinada a facilitar la formación del Partido Nacional Revolucionario. Los comunistas arguyen que Franco imita a Hitler y a Mussolini que implantaron el partido único; pero hay quienes contestan que toda revolución de raíces históricas se desembaraça de contendores para operar con más rapidez; y que esta medida que en Para-

guay tiene un año de plazo, fué enseñada nada menos que por los comunistas, en Rusia, donde impera desde hace 20 años sin interrupción.

El nuevo nacionalismo equivale al buen antiimperialismo. Los dirigentes de la revolución paraguaya quieren, de modo fundamental, dar cultura al pueblo multiplicando las escuelas; dar trabajo y buena remuneración a los campesinos y obreros que forman la mayoría nacional, repartiendo tierras y dando una buena legislación social. Pero este plan supone dinero y el estado paraguayo es uno de los más pobres del mundo. El año 1933 recaudáronse alrededor de 600 mil dólares como suma total de ingresos fiscales. En sueldos y deuda pública esa suma se invierte totalmente.

Instintivamente aún, la revolución busca nuevas fuentes de recurso. Recuerda que en las épocas de los López, tan denigrados por la historia rioplatense, había 60 estancias del Estado donde los paraguayos tenían trabajo; existía una espléndida marina mercante nacional con buenos astilleros; funcionaban grandes fábricas y hasta usinas que construían rieles. El Estado era riquísimo y dueño de la tierra y de la industria. ¿Qué se hizo esa riqueza?

Cuando el Mariscal Solano López sucumbió con su último puñado de valientes, las tropas invasoras, argentinas y brasileras, se asentaron en Asunción. La principal fuente de recursos fiscal era la Aduana; pero como el ejército de ocupación recibía mercaderías libres de derecho, y se fomentaba así el contrabando, esa fuente desapareció. ¿Qué tuvo que hacer el Estado? Comenzó a vender las tierras, las industrias, las naves, a despojarse de todo. ¿Y quiénes compraron? Los capitalistas que marchan a la zaga de los vencedores. ¡Hubo capitalistas argentinos que adquirieron la legua cuadrada a 20 dólares! Poco a poco argentinos, ingleses y yanquis se apoderaron del Paraguay.

Hay resentimiento popular contra la Argentina. Desde 1811 Buenos Aires procuró sojuzgar a Asunción. Es la historia de todas las ciudades ubicadas en las márgenes de un mismo río. El pueblo paraguayo conoce esta lucha y sabe que cualquier esfuerzo por recuperar sus riquezas naturales tropezaría con los intereses del vecino poderoso. Comprendo que estas afirmaciones han de sorprender pero yo debo decir la verdad, sobre todo porque juzgo que si bien es cierto que hay intereses argentinos egoístas, como son todos los intereses del capitalismo, hay una gran opinión pública en el país del Plata que desconoce esta situación y que en ningún caso se pondría contra una legítima reivindicación paraguaya.

Pero veamos cifras para confirmar estos asertos. Todo el comercio, por ejemplo, se efectúa por vía fluvial. Pues bien, como ha desaparecido la marina mercante paraguaya del tiempo de los López, sobre un total de 350 mil toneladas que se movieron en Asunción, 290 mil correspondieron a buques de bandera argentina. Un solo industrial argentino es propietario de tres mil leguas de campo, y ha exportado en 1933 10 millones de kilos de extracto de quebracho—el primer producto de exportación paraguaya—, y casi todas las maderas. Capitales ingleses y yanquis controlan los cueros y el algodón, así como el tabaco y la yerba.

Las fuentes de riqueza paraguaya, que son esencialmente agrícolas, se encuentran pues en manos de grandes empresas. El nuevo gobierno comprende que esos capitales han desarrollado algunas industrias que no existían y está muy le-

